

LA INMIGRACION Y LA POLITICA INMIGRATORIA EN CANADA EN LOS SIGLOS XIX Y XX: DEL IMPERIO A LA GLOBALIZACION

Bruno RAMIREZ *

La historia de la inmigración a Canadá –como la de la mayoría de los países del llamado «nuevo mundo»– es inseparable de procesos más amplios asociados con el gobierno y las rivalidades imperiales, y del surgimiento subsiguiente de lo que los historiadores llamaron una «economía atlántica» y, más recientemente, una «economía global». En el caso canadiense, en estos procesos parcialmente superpuestos ha influido en gran medida la presencia de una nueva nación-estado poderosa que, a partir de 1780, compartía una frontera con Canadá: los Estados Unidos. No sorprende entonces que los primeros flujos de inmigración a Canadá provinieran mucho más del sur que de la ultramarina metrópoli imperial. Ni tampoco sorprende ver hasta qué punto los esfuerzos de Canadá por reclutar inmigrantes europeos se vieron parcialmente frustrados por un drenaje constante de población canadiense y multiétnica a los Estados Unidos.

Este artículo tiene un doble propósito: a) realizar una revisión crítica de los flujos migratorios más importantes hacia Canadá, enmarcándolos en esos procesos históricos más amplios, y b) iluminar la medida en que los factores geopolíticos, las prioridades económicas y las consideraciones culturales interactuaron en la orientación de las políticas de inmigración del país.

Para ser más específico, si las necesidades demográficas y económicas eran prioritarias y mantenían a Canadá constantemente preocupada por reclutar población y mano de obra, las relaciones imperiales y los dogmas culturales proporcionaron la racionalidad inicial que dio forma a la política de inmigración de Canadá, hasta que el nuevo contexto mundial de la década de 1960 convirtiera a las necesidades del mercado laboral en el criterio central de las políticas de inmigración.

(*) *Université de Montreal, Canadá.*

I. - Migraciones e Imperio

Antes de la insurrección de las trece colonias americanas, sólo una minúscula parte de las poblaciones imperiales que iban hacia el oeste se dirigía a las colonias boreales y marítimas que devinieron más tarde la Norteamérica Británica (NAB), o Canadá. En el detallado análisis del flujo emigratorio pre-revolucionario (los años 1773-1776) que realizó Bernard Bailyn, sólo 8,5 por ciento se dirigía a «Canadá» [B. Bailyn]. En vísperas de la guerra de independencia, la población colonial (excluidos los amerindios) que vivía al norte de las trece colonias no superaba los quinientos residentes anglófonos, la mayoría de ellos en la colonia marítima de Nova Scotia [Cole Harris and Warkentin]. La población francófona de lo que había sido New France era considerablemente mayor en número y se concentraba sobre todo a lo largo del valle del San Lorenzo, en Quebec.

El conflicto político primero y militar después que se extendió durante una década y condujo a la independencia, tuvo un impacto inmediato sobre los movimientos de población: originó el primer gran movimiento migratorio hacia Canadá, el de los Americanos Leales. Hostiles al giro republicano que habían tomado las colonias, y renuentes, ya fuera por convicción política o por conveniencia económica, a abandonar su lealtad al imperio, los Leales que huían de una América desgarrada por la guerra se dispersaron por todo el Imperio Británico. Entre los que no regresaron a Gran Bretaña, la gran mayoría se dirigió hacia el norte, a lo que sería la Norteamérica Británica. A fines del siglo XVIII, los Leales constituían la mayoría de las casi 115.000 personas que integraban la población anglófona de la NAB. Pronto los siguieron otros americanos, casi todos de Pennsylvania, Nueva York y Nueva Inglaterra; ellos conformaban la franja norte de un creciente movimiento de población americana hacia el oeste [Cole Harris and Warkentin]. Excepto una corriente estable de asentamiento de escoceses de las tierras altas en las colonias marítimas, se produjeron pocos nuevos aportes de población ultramarina hasta 1815, a causa de los conflictos y guerras imperiales.

La historia demográfica temprana de Canadá, por lo tanto, está signada por este flujo de inmigrantes «del sur». Su presencia en la NAB está asociada con el surgimiento de algunos de los municipios y ciudades, en especial en Ontario y en el Quebec oriental, y con una influencia constante –aunque desigual– en la política local y en las cuestiones coloniales.

Son, sin embargo, los flujos de población provenientes de las islas británicas posteriores a 1815 los que dominan la historia demográfica de Canadá en el siglo XIX, debido a su impacto crucial sobre el desarrollo sociocultural y político de las colonias norteamericanas. En efecto, cuando la Norteamérica Británica se organizó como una confederación, en 1867, la población anglófona se había convertido de manera irreversible en el componente dominante indiscutido de la sociedad canadiense.

El impacto combinado de a) la expulsión de población de las islas británicas, b) las políticas de tierras y de población del imperio y c) el avance desigual de la frontera agrícola en Canadá, explica en gran medida el carácter y el volumen de los flujos migratorios transatlánticos hacia Canadá hasta el último tramo del siglo XIX.

Estos factores, sin embargo, deben confrontarse con la realidad «geopolítica» que representan los Estados Unidos y la enorme atracción que ejercieron sobre los britanos que tenían el deseo y la voluntad de mejorar sus condiciones materiales por medio de la emigración ultramarina.

Análogamente a lo que había sucedido en la era pre-revolucionaria, después de 1815 los Estados Unidos seguían siendo la «frontera agrícola» de Europa para la mayoría de los britanos, como lo eran cada vez para mayor número de europeos continentales. Indudablemente la lealtad al imperio orientó las brújulas de muchos potenciales emigrantes británicos hacia los vastos territorios de la NAB. Y, como veremos, muchos de ellos concretaron su perspectiva en un proyecto de migración y asentamiento en Ontario u otro lugar de las colonias. Pero los Estados Unidos seguían siendo el destino preferido. Así fue durante el período de relativa calma que siguió a las guerras napoleónicas, y lo era todavía en la década de 1880, cuando el 67 por ciento de los pasajeros que se dirigían a ultramar desde Gran Bretaña declaraba tener por destino los Estados Unidos [C. Erickson].

Ahora que de manera creciente los historiadores de la migración han sacado a la luz la importancia de las redes familiares y parentales en la determinación del destino de los emigrantes potenciales, podemos legítimamente plantearnos el interrogante acerca de si los cuarenta años de guerras entre 1775 y 1815 destruyeron las tradiciones migratorias establecidas en la era colonial, o si esas tradiciones tuvieron la capacidad de reactivar las redes sociales preexistentes. Es legítimo argumentar que a medida que la tranquilidad relativa de los viajes transatlánticos posibilitó nuevamente la migración, los Estados Unidos tuvieron un lugar más destacado en los mapas psíquicos de los britanos que las colonias canadienses, que para muchos aún estaban asociadas con la población francófona de lo que había sido New France.

Pero esta *mise en garde* en cuanto al «factor Estados Unidos» es necesaria además porque nos ayuda a dar una ubicación histórica adecuada a los flujos de Gran Bretaña a Canadá sobre la base del «destino declarado». Si adoptamos este criterio, la cantidad de britanos que emigraron a Canadá entre 1815 y 1867 se ha estimado en más de un millón [Cole Harris]. Sin embargo, aunque las fuentes disponibles no nos permiten cuantificar el fenómeno con precisión, hay sólida evidencia documental de que una cantidad significativa de britanos aprovechó las rutas de comercio imperiales y los pasajes más baratos para llegar a Norteamérica, y luego de desembarcar en Halifax o en la ciudad de Quebec continuaron al sur, al verdadero destino que se habían propuesto.

Si bien los historiadores nunca sabrán la cantidad exacta de britanos para quienes Canadá sirvió de «puerto de entrada a los Estados Unidos», aquellos que sí se establecieron en las colonias norteamericanas proporcionaron la mayor fuente de crecimiento de la población durante gran parte del siglo XIX, superando a veces las tasas de crecimiento vegetativo.

Si bien se producía dentro del marco del imperio, el flujo global de población de Gran Bretaña a Canadá distaba mucho de ser uniforme; por el contrario, experimentó grandes fluctuaciones tanto en su volumen como en su composición étnica. Coyunturas económicas, demográficas y políticas particulares a ambos lados del Atlántico explican en parte por qué, por ejemplo, los emigrantes irlandeses dominaron el movimiento durante la primera mitad del siglo, mientras la presencia de los ingleses era marginal; y por qué, inversamente, como veremos más abajo, durante la última parte del siglo y hasta bien avanzada la década de 1920 Inglaterra suministró la gran mayoría de la población, mientras Escocia participó de manera más constante en los flujos de emigración a lo largo de todo el siglo XIX.

Es importante destacar también desde el comienzo que durante la era que condujo a la Confederación Canadiense (1867), las autoridades coloniales de Londres no fueron capaces de desarrollar una política de población coherente y abarcadora con respecto a la emigración a Canadá. El conflicto político y las presiones de grupos de interés radicados en Londres, junto con el papel que jugaban en las colonias los intereses de los terratenientes monopolistas, impidieron que la Oficina de Asuntos Coloniales aplicara políticas de concesión de tierras comparables con las estadounidenses [MacDonald; Elliott, 1984].

Aun así, los migrantes británicos que eligieron el Canadá lo hicieron como súbditos dentro de un marco imperial que les ofrecía una cantidad de ventajas concretas, a las que no podían acceder los europeos continentales que pudieran contemplar la posibilidad de emigrar al Canadá.

Sin duda el factor de mayor impacto en la decisión de emigrar y en su logística inmediata era la estructura de transporte marítimo generada por el comercio colonial. Ya fueran de vela o de vapor, las naves coloniales que se dirigían al Canadá ofrecían a los futuros emigrantes tarifas transatlánticas que podían llegar a la mitad del costo de las tarifas que se cobraban a los Estados Unidos. Más aún, llenar las naves con carga humana en los viajes hacia el oeste resultaba una fuente importante de beneficio para los armadores, particularmente para aquellos que se ocupaban del transporte de maderas canadienses [Harris Cole and Warkentin].

A pesar de las diversas formas que adoptó y de su aplicación irregular a través del tiempo, la migración asistida fue la política que hizo de Canadá –al menos en principio– una «solución» a los problemas económicos y sociales que Gran Bretaña experimentaba de manera creciente en el siglo XIX. Como es bien sabido, el rápido crecimiento de una población rural empobrecida amenazada por el desalojo fue uno de los factores principales

que alimentó un crecimiento sin precedentes de la pobreza y la pauperización, y llevó a la puesta en vigor de las Leyes de Pobres.

Si bien las autoridades británicas veían en las colonias ultramarinas como Australia y Canadá una válvula de seguridad para lo que –de manera típicamente malthusiana– consideraban un «excedente de población», en el caso del Canadá la emigración asistida fue primordialmente resultado de iniciativas privadas que se desarrollaron dentro del marco de las Leyes de Pobres.

Las parroquias locales, por ejemplo, veían en la emigración de sus pobres y desposeídos una forma de aliviar su carga financiera. De manera similar, los terratenientes buscaban ayuda del gobierno para enviar a ultramar a sus arrendatarios «excedentes», a medida que cercaban sus tierras y las convertían al pastoreo: el Canadá y los programas de auspicio imperial les dieron la posibilidad de reorientar sus actividades productivas y al mismo tiempo librarse de un campesinado potencialmente hostil. Similares iniciativas, aunque no tan frecuentes, emprendían las sociedades filantrópicas, para las cuales establecer britanos necesitados en tierra virgen canadiense no sólo respondía a un impulso humanitario, sino además constituía una acción en pro de la expansión imperial [C. Erickson; B. Elliott, 1999, Bumsted].

Aunque las iniciativas de este tipo se originaban en toda Gran Bretaña, desde Irlanda se produjo la mayor cantidad de emigración asistida. Incluso antes de que la hambruna de la papa generara un éxodo sin precedentes de irlandeses a Norteamérica, Irlanda ya era la región más vulnerable al efecto combinado del rápido crecimiento demográfico y las transformaciones generalizadas en la tenencia de la tierra. No es sorprendente que aproximadamente los dos tercios de la emigración total irlandesa al Canadá (incluidos los flujos del siglo XX) se produjeran antes de 1860, cuando la dislocación rural fue más aguda y generalizada [Elliott 1999].

La migración asistida acarreaba también una serie de servicios a los recién llegados por parte de agentes coloniales de inmigración en los principales puertos de arribo: desde proporcionarles de alimento y refugio hasta ayudarlos a ubicar a sus amigos, y a menudo dirigirlos también a aquellos distritos donde con mayor probabilidad encontrarán tierras o empleo [MacDonald]. Por ejemplo, importantes contingentes de inmigrantes –en especial irlandeses solteros– fueron remitidos a los obradores de la floreciente construcción de canales; otros contingentes importantes fueron absorbidos por el sector maderero, también en rápida expansión [Elliott, 1999; Wilson].

Por importante que fuera la migración asistida para canalizar las poblaciones británicas hacia el Canadá, la mayoría de los britanos que migraron a Canadá lo hicieron de manera independiente, pagando su propio pasaje, y procurando establecerse como agricultores propietarios.

Algunos enclaves de escoceses establecidos en Nueva Escocia a principios del siglo XIX sirvieron de cabezas de playa para cadenas migratorias subsiguientes desde las tierras altas de Escocia. Conocemos mejor las cade-

nas migratorias reconstituidas por Bruce Elliott en docenas de parroquias de la región de Tipperary, en Irlanda [Elliott 1988]. Migrantes ingleses y escoceses fundaron en las poblaciones orientales de Quebec importantes comunidades agrícolas. Y algunos contingentes de irlandeses ingresaron en las economías urbanas de ciudades portuarias como Quebec y Montreal, donde en la década de 1830 representaban el 22 por ciento y el 12 por ciento de la población, respectivamente [Bumsted; Elliott, 1999].

Pero la región canadiense que atrajo, por una gran diferencia, los mayores contingentes de inmigrantes británicos fue Ontario. La gran disponibilidad de tierras de la corona y la calidad del suelo transformaron a esa colonia en una de las fronteras agrarias más importantes de Norteamérica.

La fortuna de Ontario pivotaba sobre su éxito en el desarrollo de una materia prima —el trigo— que se beneficiaba con los mercados continentales e imperiales, aportaba capital a la economía y hacía de la agricultura una empresa comercial tanto para los grandes agricultores de los viejos distritos como para los pioneros que empujaban la frontera hacia el norte. Hacia 1840 Ontario se había convertido en «el granero de dos continentes», y sus exportaciones de trigo habían crecido un 500 por ciento en esa década, y se duplicaron en la siguiente [McCallum; Jones]. Este *boom* agrícola prolongado proporcionó el impulso principal que convertía a los campesinos británicos en pioneros, empujándolos hacia los bosques, donde desmontaban, establecían granjas productivas y construían las conexiones viales necesarias para llegar a los centros mercantiles.

No es sorprendente que entre 1824 y 1851 la inmigración representara más de la mitad de la tasa de crecimiento de la población de Ontario [McCallum]. Fue un proceso que se prolongó hasta la década de 1850. Cuando la frontera agrícola finalmente se detuvo en los bordes del imponente y ominoso «escudo canadiense», la tierra se volvió escasa y sobrevaluada y se desencadenó un proceso de falta de tierras en toda la colonia. A partir de entonces, las tasas de inmigración a Canadá mostraron una tendencia declinante, y sólo revivirían después de la Confederación.

En 1871, la población del recientemente constituido Dominio del Canadá encarnaba, tanto en tamaño como en composición etnocultural, el impacto del medio siglo de inmigración precedente.

En ese año, los censistas contaron 594.000 personas que habían nacido fuera de Canadá, cifra que equivalía al 16 por ciento de la población del Dominio. La gran mayoría —84 por ciento— habían nacido en Gran Bretaña, y apenas un 5 por ciento venía de Europa continental. Otra minoría pequeña pero significativa (11 por ciento) había llegado a Canadá desde los Estados Unidos.

Podríamos ver a estos residentes extranjeros de 1871 como la punta de un iceberg demográfico construido por suma de varias generaciones de inmigrantes y su incremento natural subsiguiente en Canadá. De hecho, si clasificamos la población del Dominio en 1871 en términos de su compo-

ción etnocultural, prácticamente dos de cada tres individuos eran de origen británico. De ellos, el contingente mayor estaba formado por los canadienses de origen irlandés (40,2 %), seguidos por aquellos de origen inglés (33,5 %) y escocés (26,0 %) [Urquhart and Buckley, Series A 75-113].

En cuanto a la población francófona del Dominio, había experimentado un crecimiento progresivo, a veces agudo, trepando de unos 200.000 en 1800 a 1.082.900 en 1871. Pero esta expansión se debió casi exclusivamente al crecimiento vegetativo, y sólo una fracción era producto de la inmigración desde Francia o Bélgica.

Los dos «grupos fundadores» que constituyeron la nueva nación-estado canadiense se encontraban pues en una relación muy asimétrica, tanto por el abrumador peso demográfico de la población anglófona, como por su configuración territorial, ya que la población francófona estaba concentrada sobre todo en lo que se convirtió en «la provincia de Quebec».

La cuestión que se debate a menudo en la historiografía canadiense en cuanto a por qué el NAB, y más tarde el dominio, fracasaron en atraer poblaciones francófonas significativas –ya fuera de Francia o de otras procedencias– es una típica pregunta anacrónica, disparada más por el «paradigma de las dos naciones» que ha dominado las ciencias sociales en el siglo XX [J. Porter] que por una lectura realista del mundo del Atlántico Norte en el siglo XIX.

No es sólo que los francófonos y otros europeos estaban excluidos del marco imperial que canalizó a los súbditos británicos al Canadá, sino además que Quebec –la región que habría podido atraer a inmigrantes francófonos– estaba muy lejos de encarnar las características de una frontera agraria que encontramos en Ontario o en el Oeste Americano. Durante la primera mitad del siglo XIX, gran parte de la población rural francófona del Quebec estaba «cercada» dentro de señoríos, afectados de manera creciente por el agotamiento del suelo, altas tasas de fertilidad y crisis agrícolas. Sólo con la abolición del sistema señorial en la década de 1850 produjo Quebec su propia «frontera». Pero, como lo muestra una literatura abundante, era una «frontera de pobres», que llevó a miles de quebequeses sin tierra hacia una tierra boscosa fría e inhóspita, y que sólo prometía, en el mejor de los casos, una vida de subsistencia, muy a menudo bajo liderazgo clerical y presión moral. Desdeñada incluso por la mayoría de los campesinos de Quebec que se mostraron más dispuestos a orientarse hacia las oportunidades de empleo en las propiedades de Nueva Inglaterra, la frontera de Quebec difícilmente podía atraer a agricultores europeos, de países francófonos o de cualesquiera otros. Y rara vez lo hizo, tanto en el siglo XIX como en el XX [Ramírez, 1991].

II.- La inmigración y el Dominio en expansión

La creación de la nación-estado canadiense en 1867 abrió un nuevo capítulo en la historia de los flujos migratorios transatlánticos. Ahora las autoridades canadienses no sólo gozaban de la autonomía necesaria para elaborar políticas en este ámbito, sino que reconocían desde el vamos la importancia de la inmigración para el desarrollo futuro del país.

George Brown hablaba por la mayoría de los «padres fundadores» cuando afirmaba que «no hay problema social, económico o político que no pueda resolverse, a no ser por un gran flujo de inmigrantes. El crecimiento de nuestra población es la clave de una mayor productividad y de mayores exportaciones, y de una explotación más eficaz de los recursos de nuestro país» [en R. Whitaker, p. 2].

El impacto de este proceso de «construcción de la nación», sin embargo, sólo comenzó a hacerse sentir cuando el gobierno canadiense emprendió un programa masivo de expansión económica conocido como «la política nacional». Siendo un programa estructurado en torno a la protección de la industria doméstica y al desarrollo de las provincias occidentales, implicaba vincular la vasta región que se extendía del Escudo Canadiense al Pacífico con una red ferroviaria que atrajera las inversiones de capital, los colonos y los trabajadores que se necesitaban para explotar su inmensa riqueza en recursos naturales.

Los resultados no tardaron en llegar. Así como a principios de la década de 1890 el gobierno estadounidense declaró el fin de la «frontera americana», el oeste canadiense emergía como la nueva frontera norteamericana, y en los años siguientes se convirtió en uno de los polos de desarrollo más importantes de la economía global; los agricultores estadounidenses lo advirtieron rápidamente y comenzaron a volcarse a la región en gran número, en busca de las mejores tierras disponibles.

Pero la centralidad para la economía de otros recursos naturales como los minerales y la madera hicieron del oeste canadiense también una «frontera industrial», con consecuencias decisivas para el flujo de población y mano de obra [Norris and Owram; Brown and Cook].

Tan poderoso fue el impulso económico y tan veloces las transformaciones resultantes, que Canadá tuvo que recurrir masivamente a la inmigración. Se necesitaban inmigrantes para poblar las vastas tierras vacantes en las praderas y transformarlas en unidades productivas; se necesitaban en los nuevos distritos mineros y en los campamentos madereros, en las líneas férreas y en la construcción de infraestructuras urbanas; como mano de obra calificada y no calificada, se los requería también en fábricas y manufacturas que se extendían radialmente desde el Canadá central hacia el este, el oeste, y cada vez más hacia el norte. En vísperas de la Gran Guerra Canadá ocupaba una sólida posición en los circuitos internacionales de los mercados de trabajo, y registraba tasas de inmigración (relación entre población nativa y

población nacida en el extranjero) que superaban incluso las de los Estados Unidos.

Es indudable que la mano de obra inmigrante resultó crucial en la duplicación del millaje de líneas férreas, la triplicación de la producción minera y el asombroso crecimiento de la producción de trigo y madera. En 1911, por ejemplo, el 57 por ciento de los trabajadores de la industria minera eran inmigrantes, y en las minas de las provincias occidentales como British Columbia y Alberta (las regiones mineras de más rápido desarrollo), su proporción era de 84 y 88 por ciento, respectivamente. Además, los agricultores americanos de los estados del noroeste se vieron atraídos en proporciones tales a lo que se dio en llamar «el último mejor oeste», que hacia 1910 constituían el mayor grupo inmigratorio en las provincias de Saskatchewan y Alberta [Avery, 1995; Troper].

Cuando Canadá apeló a la provisión de población y mano de obra extranjeras, las islas británicas eran las primeras de la lista. Como en las décadas anteriores, las redes migratorias que vinculaban a miles de condados y pueblos con localidades canadienses actuaron como vectores de traslados de población. Pero más que entonces se recurrió a campañas especiales de reclutamiento y programas de auspicio diseñados para atraer a un espectro más amplio de la población británica. El resultado fue un cambio de proporciones históricas en el flujo de británicos a Norteamérica durante la primera década del siglo XX. La cantidad de emigrantes británicos a Canadá dio un salto espectacular y alcanzó niveles comparables a los que absorbían los Estados Unidos. Lo que es más significativo, en la década siguiente Canadá superó a su vecina sureña como destino favorito. El componente mayor, por una gran diferencia, eran los flujos provenientes de Inglaterra; pero la emigración de Escocia era igualmente significativa: por ejemplo, entre 1900 y 1918, la cantidad de escoceses que emigró al Canadá fue apenas inferior a las cifras que habían llegado durante todo el siglo anterior. Un cambio significativo en este nuevo flujo de migración británica a Canadá fue la caída pronunciada del componente irlandés del movimiento. De casi millón y medio de inmigrantes de las islas británicas que llegó a Canadá entre 1901 y 1914, sólo el seis por ciento provenía de Irlanda [D. Baines; C. Erickson; Elliott, 1999; Bumsted].

Varios factores convergieron para hacer de Canadá el destino principal de emigración de ingleses y escoceses. Algunos se relacionan con la expansión agrícola e industrial sin precedentes que ya hemos mencionado. Nunca subrayaremos bastante el hecho de que las necesidades de fuerza laboral del dominio alcanzaban a todos los sectores de la economía, y desde el punto de vista estrictamente ocupacional, Gran Bretaña era uno de los pocos países industriales que podía satisfacer esas necesidades. Lo que es más importante, la afinidad cultural y la lealtad al imperio favorecían la disposición a recurrir a Gran Bretaña como fuente preferida, consideración ésta recalcada constantemente por la opinión pública anglo-canadiense. Es cierto

también que muchos britanos –desde agricultores a trabajadores altamente calificados– advirtieron las ventajas de migrar dentro de programas públicos o privados que no sólo facilitaban su viaje, sino también aseguraban empleo al llegar [Reynolds; Avery y Ramírez].

Del lado británico, tanto el gobierno como un abanico de organizaciones caritativas alentaron la emigración al Canadá y a los otros dominios, y dieron pasos concretos para auspiciar los desplazamientos de decenas de miles de hombres, mujeres y niños. El incremento en las filas de los pobres urbanos y los problemas sociales que engendró fueron la motivación principal. La emigración ayudaría a aliviar esos problemas, y el saludable entorno canadiense transformaría a los pobres urbanos desnutridos y enfermos en «ladrillos para la construcción del imperio» [J. Parr]. En el terreno del bienestar de los niños exclusivamente, operaban no menos de sesenta agencias auspiciando las migraciones de decenas de miles de niños en lo que constituyó un episodio único en la historia de la migración y colocándolos en hogares canadienses con arreglos de distinto tipo (como aprendices, ayudantes agrícolas o ayuda doméstica). Las asociaciones que actuaban en el terreno del bienestar femenino veían en la emigración también un medio para rescatar a mujeres muy presionadas de los peligros que la vida urbana representaba para la salud y la moral. La más importante de estas instituciones, la *British Women's Emigration Association*, se dirigía especialmente a las mujeres sin empleo. Trabajando codo a codo con sus asociadas canadienses –los concejos de mujeres locales y la YWCA (Asociación Cristiana Femenina) y los empleadores canadienses– pudo colocar a miles de mujeres británicas, y se convirtió en uno de los principales reclutadores de empleadas domésticas. Aquí también prevalecían las consideraciones imperiales, ya que una de las preocupaciones principales de la Asociación era ayudar a reducir el excedente de mujeres en Gran Bretaña enviándolas a áreas del dominio conocidas por su excedente de varones solteros [Barber].

El problema de la pobreza urbana llevó al gobierno británico a sancionar en 1905 la Ley de Trabajadores Desempleados, que proporcionaba, entre otras cosas, asistencia financiera para la migración de adultos comprendidos en las condiciones de la ley y las personas a su cargo a dominios del Imperio. Las Conferencias del Imperio que se realizaron en 1907 y 1911 subrayaron la importancia de la emigración y la colonización para la consolidación del Imperio. Hombres, mujeres y niños británicos –empujados por la penuria económica o motivados por ambición– encontrarían en las tierras vírgenes de los dominios y en las ciudades en rápido crecimiento un suelo fértil donde concretar sus metas personales de vida y a la vez contribuir al fortalecimiento del Imperio. Lejos de constituir una inmigración común y corriente, su traslado ultramarino sería «un imperialismo de paz» [Roberts].

Es difícil –si no imposible– medir el impacto del discurso imperial en este incremento espectacular de la emigración de Gran Bretaña al Canadá.

El hecho concreto es que, como ideología de construcción de un imperio, se concretó en muchos planes asistidos y programas de reclutamiento que contaron con apoyo de uno y otro lado del Atlántico hasta la década de 1920. Y su éxito en la reorientación del flujo de emigración es indiscutible. En la última década del siglo XIX, los Dominios habían recibido apenas el 28 por ciento de la emigración total de las islas británicas; pero desde 1901 a 1912 esa participación saltó al 63 por ciento, y a 78 por ciento al año siguiente. Entre los países de destino, Canadá fue el beneficiario principal [Carrothers].

Nuevamente aquí no deberíamos asociar el éxito de Canadá para atraer semejante volumen de emigrantes británicos exclusivamente con los programas de asistencia a la migración. Según algunas estimaciones, la mayoría de los britanos emigró a Canadá de manera independiente, y basó su decisión en su propia evaluación de las oportunidades que ofrecía Canadá. Las intensas campañas de promoción realizadas en Gran Bretaña por intereses públicos y privados de Canadá pueden haber tenido algún impacto, sin duda, pero también lo tuvieron las redes migratorias informales que se habían desarrollado a través del Atlántico en el transcurso de los años [McCormack].

En contraste con la época anterior a la Confederación, en la que había predominado la emigración rural cuyo objetivo principal había sido acceder a la propiedad de tierras cultivables, la mayoría de los britanos provenía de regiones y distritos urbanos, y buscaba empleo en el amplio espectro ocupacional del sector industrial canadiense en expansión, desde trabajo manual no calificado y calificado hasta sectores administrativos y gerenciales. Incluso entre el gran número de britanos reclutados como trabajadores agrícolas estacionales había una gran tendencia a desplazarse hacia las ciudades, e incorporarse finalmente a los trabajadores urbanos [Avery; Reynolds]. En 1921 el censo federal captó en parte los patrones de asentamiento de los inmigrantes británicos recientes, y los clasificó en 65 por ciento urbanos y 35 por ciento rurales.

Pero a pesar de estos promisorios y esenciales aportes británicos al desarrollo demográfico, económico y cultural del Dominio, Canadá se vio forzada a recurrir a otros países y regiones para satisfacer sus necesidades crecientes de mano de obra y población.

Ni bien fue posible acceder por ferrocarril a las praderas, las autoridades canadienses emprendieron una serie de programas para atraer a grupos étnicos europeos y comunidades religiosas que consideraban aptas para adaptarse a las duras condiciones ambientales de esas regiones. El asentamiento asistido de agricultores islandeses y de comunidades Doukhobors y menonitas fue exitoso a pesar de su número relativamente reducido [MacDonald].

Más importante aún fue la reorganización de la División de Inmigración en 1895 y el liderazgo agresivo del ministro de Inmigración, Clifford Sifton, con la realización de intensas campañas gubernamentales de reclutamiento

en Europa continental y en innumerables distritos rurales de Austria-Hungría y Rusia. Estas campañas incluían grandes programas de traslado posibilitados en gran medida por la participación directa de la compañía ferroviaria *Canadian Pacific Railway* –propietaria de enormes extensiones de tierras en la pradera–. La mayoría de las poblaciones rurales en la mira del gobierno canadiense no podían compararse con la experiencia y el equipamiento de los agricultores estadounidenses que habían comenzado a volcarse hacia las praderas. Pero podían cumplir el doble papel de «colono» y «jornalero», complementando los medios de subsistencia que obtenían de la tierra con trabajo estacional en minas, aserraderos y construcción de ferrocarriles [Eagle; Whitaker; Avery].

En otros casos –el más notable, Italia– el reclutamiento era organizado por agentes privados a quienes recurrían los empleadores canadienses hambrientos de mano de obra. El *Canadian Pacific Railway*, por ejemplo, dependía en gran medida de los «padroni» ítalo-canadienses que podían recurrir a los reservorios de población de innumerables aldeas de montaña italianas y proporcionar así mano de obra fresca al comienzo de cada temporada de construcción [R. Hamey, 1979; Ramírez, 1991].

En vísperas de la Gran Guerra, la presencia de europeos no británicos era ya visible no sólo en las regiones agrícolas y mineras del oeste; incluso lo era más en el Canadá urbano. La mayoría de las grandes ciudades del dominio –desde Montreal a Vancouver– tenían su propia variedad de barrios étnicos con sus parroquias o sinagogas, sus asociaciones y sus redes de negocios y servicios. Su visibilidad se acentuaba por el funcionamiento de la economía urbana, que generaba «mercados laborales segmentados» con concentraciones étnicas en sectores ocupacionales específicos. Los europeos del sur y del este, que provenían en su mayoría de economías rurales, tendían a concentrarse en actividades no calificadas, en sectores como la obra pública, la manufactura y el transporte. Pero la economía urbana facilitaba también la emergencia de formas de empresa étnica. Los italianos, por ejemplo, encontraron una oportunidad importante en el negocio de frutas y verduras en grandes ciudades como Toronto y Montreal, y los inmigrantes judíos se convirtieron rápidamente en los empresarios dominantes en la industria de la vestimenta en Winnipeg, Toronto y Montreal. Lo que no es menos importante, los barrios étnicos, basados muchas veces en redes sociales ligadas por vínculos de parentesco y paisanaje, se convirtieron en un recurso colectivo que contribuía a alentar la llegada de nuevos inmigrantes y a facilitar su asentamiento en las ciudades canadienses [J. Burnet and H. Palmer].

Los años de guerra redujeron significativamente los flujos de inmigración a Canadá. Pero a partir de 1919 el movimiento se reanudó plenamente, y a pesar de algunas fluctuaciones anuales y mucha controversia pública, un millón y medio de nuevos inmigrantes llegaron a Canadá hasta que la depresión virtualmente detuvo el movimiento.

A diferencia de los Estados Unidos, donde la fuerza del movimiento aislacionista y nacionalista condujo al establecimiento de severas cuotas restrictivas, Canadá desplegó una política activa –aunque controversial– de reclutamiento con el objetivo específico de suplir carencias crónicas en los mercados de trabajo agrícolas.

Cuando la Gran Depresión puso fin a los flujos de inmigración a Canadá, la composición etnocultural del país –tanto regionalmente como en el conjunto nacional– reflejaba con elocuencia las opciones elegidas por sucesivas generaciones de responsables de la política inmigratoria para conciliar las necesidades económicas con las preocupaciones culturales, respetando al mismo tiempo las obligaciones internacionales derivadas del «status de dominio» del Canadá.

El censo federal de 1931 reveló el alcance del cambio histórico producido en las fuentes de población inmigrante en las tres décadas precedentes. En ese año los 2,3 millones de nacidos en el extranjero representaban el 22 por ciento de la población del dominio.

Como puede verse en la Tabla 1, los nacidos en Gran Bretaña constituían aún el contingente más numeroso de inmigrantes, pero su proporción se había reducido al 51 por ciento (de un 60 por ciento en 1901), mientras los inmigrantes de Europa continental eran casi un tercio de los nacidos en el extranjero.

Mediante disposiciones legales Canadá había establecido los criterios básicos de selección de inmigrantes en cuanto a sus cualidades físicas, mentales y morales. Es interesante notar cómo desde la primera ley de inmigración (1869) a la segunda (1906) y a la Ley de Inmigración de 1910, los criterios de admisión se desplazaron de un carácter vago y general (prohibir la entrada de criminales y otras «clases viciosas») a elaborar definiciones de «indeseables» y agregar procedimientos legales como la deportación, así como formalizar el principio de exclusión racial. En efecto, la sección 38 de la ley de 1910 prohibía el ingreso de «inmigrantes que pertenezcan a cualquier raza que se considere no apta para el clima o los requerimientos de Canadá», insertando así en la política inmigratoria del Canadá un criterio racista que seguiría en vigor hasta la década de 1960. Es necesario destacar que ya en la década de 1880, cuando el Canadá del Pacífico inició su recorrido irreversible hacia la colonización y el desarrollo, las autoridades federales habían encarado el inmediato peligro racial que planteaba la creciente presencia de inmigrantes chinos en la Columbia Británica. La Ley de Inmigración China, sancionada en 1885 en parte como respuesta a una violenta agitación xenófoba y a amenazas de secesión en toda la provincia, cerró la puerta a lo que había sido una fuente lógica de reclutamiento para los empleadores del Canadá occidental, muy necesitados de mano de obra. En esta ocasión tuvo lugar una de las primeras afirmaciones raciales de lo que la nueva nación-estado no debía ser, expresada con toda claridad por el Primer Ministro Sir John A. Macdonald, al decir al Parlamento que él era

TABLA 1 Canadá. Población nacida en el extranjero, 1901 and 1931, por país y área de nacimiento (en miles)				
	1901		1931	
	n	%	n	%
Inglaterra y Gales	204		746	
Escocia	94		280	
Irlanda	102		109	
Otros británicos	32		51	
Total británicos	432	60	1,185	51
Europa occidental	65		239	
Europa central	61		451	
Otros europeos			5	
Total europeos no británicos	126	18	714	31
Estados Unidos	127	19	344	15
Asia	23		61	
Otros países	1	4	3	3
Total nacidos en el extranjero	689	100	2,307	100
Estrangeros como % de la población total del dominio		10		22
Fuente: Adaptado de M. C. UROUHAUT y K. A. H. BUCKLEY (eds), <i>Historical Statistics of Canada. Series A170-199</i>, p. 20.				

«suficientemente fisiologista como para creer que las dos razas no pueden combinarse y que ninguna raza intermedia puede resultar de la mezcla de mongoles con arios». Este principio racista, sin embargo, no impidió a Macdonald distinguir entre esas diferencias raciales inconciliables y las cualidades intrínsecas de los inmigrantes como unidades laborales; expresó así una actitud que se aplicaría posteriormente –aunque con menos éxito– a inmigrantes de Europa meridional y central. En una afirmación que podría considerarse una definición temprana del *gastarbeiter*, Macdonald definió al típico inmigrante chino como «un residente temporario en una tierra extraña... no tiene intereses comunes con nosotros... nos da su trabajo y se le paga por ello, y es valioso, como una trilladora o cualquier otra herramienta agrícola que podemos alquilar a los Estados Unidos y devolver a su propietario» (ambas declaraciones de Macdonald citadas en Avery, 48). Pero hasta la presencia temporaria en suelo canadiense resultaría más allá del nivel de tolerancia racial [J. Munro].

Más complejas resultaron las maniobras políticas y de relaciones públicas para aplicar criterios racistas similares a los inmigrantes japoneses. De manera similar a lo que sucedió con la población china en las décadas de 1870 y 1880, los japoneses residentes de British Columbia devinieron de manera creciente el blanco de un movimiento nacionalista liderado por los sindicatos locales y apoyado por la legislatura provincial. Pero a diferencia de los chinos, su residencia en el dominio estaba protegida por dos acuerdos imperiales sucesivos en materia de comercio y navegación (1894 y 1902) que aseguraban, entre otras cosas, que los súbditos de cada una de las potencias gozarían de «libertad plena para entrar, viajar o residir en cualquier parte de los dominios y posesiones de la otra parte». Aun cuando la clase política federal compartiera el profundo sentimiento anti oriental, la situación impedía la aplicación de estatutos de exclusión que habrían amenazado tanto el espíritu como la praxis de esos acuerdos. En consecuencia, la historia de la exclusión de los japoneses de Canadá es una historia de presiones diplomáticas formales e informales, de «órdenes en concejo» y de «acuerdos de caballeros» entre Ottawa, Tokyo y Westminster, que tenían por objetivo preservar la alianza anglo-japonesa y mantener bajo control al movimiento por un «Canadá Blanco» [Ward].

Se requeriría un estudio más extenso y específico para analizar la variedad de modos en que el sentimiento nacionalista y la opinión pública codificaron los atributos de los inmigrantes de Europa meridional y centro-oriental para sancionar sus grados de deseabilidad como trabajadores temporarios o como futuros súbditos de Canadá. Baste decir que mientras los eugenistas y los fotógrafos del gobierno llevaban a cabo su labor de clasificación física y mental, los hacedores de la política de inmigración se aseguraban de que ninguno de esos grupos nacionales –tan esenciales para las necesidades del mercado de trabajo canadiense– fuera individualizado y nombrado en los estatutos.

En este específico terreno de combate canadiense conocido como «las eras Macdonald y Laurier», en que las prioridades económicas chocaban constantemente con las aspiraciones culturales y con la búsqueda de una clara identidad nacional dentro del imperio y dentro de Norteamérica, el enfoque que Canadá adoptó en materia de inmigración puede describirse con una expresión que los científicos sociales usaron posteriormente, «administración de crisis». Los sucesivos gobiernos que ejercieron el poder, a la vez que sancionaban formalmente los principios orientados a la preservación del carácter anglosajón del país, contrataban, para realizar una parte importante de los esfuerzos de reclutamiento, a corporaciones y grupos de empleadores para quienes contaban más los costos de mano de obra que los atributos étnicos. Se les dio libertad para recurrir a fuentes de mano de obra extranjera y organizar su traslado y su ingreso en la economía canadiense, según sus propios criterios geopolíticos y culturales; se dejó a los políticos debatir sobre la corrección de su accionar y enfrentar las animosidades públicas. Casi tres millones de europeos –con una proporción creciente de aquellos que cargaban con el peso de ser considerados indeseables– entraron a Canadá entre 1897 y 1914. No es sorprendente entonces que la inmigración se convirtiera en la principal cuestión política de la época, trenzando a partidos políticos, sindicatos, grupos de empresarios y asociaciones cívicas en una cinchada o –para los propósitos de este artículo– en un choque entre racionalidades a los que sólo acontecimientos internacionales dramáticos, como las dos guerras mundiales y la gran depresión, podían poner un temporario fin.

Al mismo tiempo, ni la clase política ni las burocracias federales o provinciales estaban preparadas para enfrentar el drenaje constante de población y mano de obra canadiense hacia los Estados Unidos. De los análisis de datos censales de los Estados Unidos y Canadá se desprendería que en 1901 la cantidad de inmigrantes canadienses en los Estados Unidos casi duplicaba el número de extranjeros en el Dominio; no obstante algunas fluctuaciones anuales, esta tendencia se prolongó hasta fines de la década de 1920. [Y. Lavoie; L. Truesdell ; B. Ramirez, 2001].

Sin embargo, el gobierno canadiense carecía en esa época de mecanismos administrativos para siquiera contar la cantidad de canadienses que emigraban por la frontera sur. Y aunque lo que algunos observadores llamaron el «éxodo» había ido en aumento por lo menos desde la década de 1830, sólo en la de 1920 la aparente contradicción de importar inmigrantes y perder nativos alcanzó dimensiones de un verdadero debate nacional. Los tímidos y generalmente fallidos programas de repatriación con que el gobierno federal y la provincia de Quebec habían tratado de atraer a los canadienses de regreso a su patria ofrecían poco o ningún consuelo a los críticos. Y los economistas patrióticos tuvieron un argumento adicional para culpar a los inmigrantes por desplazar a los Canadienses y enviarlos «al exilio» [Ramírez, 2001].

III.- La inmigración y la economía global, 1946-1990

Después de la interrupción de flujos migratorios causada por la gran depresión y por la segunda guerra mundial, Canadá presenció la reanudación de un vigoroso movimiento inmigratorio que desde 1946 a fines de la década de 1960 aportó al país unos tres millones de nuevos inmigrantes. En algunos años pico, las admisiones superaron las doscientas mil personas.

Como en la época anterior de inmigración, las necesidades de fuerza de trabajo de corto y largo plazo fueron los factores decisivos que moldearon la política canadiense, y ocasionaron –como veremos– reajustes constantes en respuesta a la rápida transformación del mercado de trabajo y a un contexto internacional en constante evolución.

Al mismo tiempo, Canadá entró en una nueva fase de reclutamiento de inmigrantes, reafirmando su orientación eurocéntrica y sus criterios de exclusión racial. Así lo hizo en una declaración política por boca del Primer Ministro McKenzie King, en 1947, quien manifestó que «El pueblo de Canadá no desea hacer una alteración fundamental en el carácter de su población por medio de la inmigración masiva»; también lo expresó más formalmente a través de una nueva ley de inmigración, sancionada en 1952 con el propósito de reformar procedimientos administrativos y actualizar las categorías de «indeseables» en concordancia con el clima de guerra fría de esos años.

TABLA 2
*País de residencia anterior de inmigrantes
de posguerra en Canadá, 1946-1970 (en miles)*

	N	%
Islas Británicas	955	27.9
Europa occidental	1.450	42.4
Europa central y oriental	269	8
Total Europa	2.674	78.3
Estados Unidos	312	9.1
Otros países del hemisferio occidental	121	3.5
Asia	138	4
Africa y Cercano Oriente	97	2.8
Otros	73	2.3

Fuente: Adaptado de *Immigration Statistics*, Department of Manpower and Immigration, p. 21, 1970.

Una vez más, Gran Bretaña y, en menor medida, los Estados Unidos, fueron los países a los que recurrió Canadá para atraer inmigrantes calificados y profesionales [Department of Labour, 1961]. El reclutamiento masivo de mano de obra no calificada fue más problemático, pues los principales países aportantes comenzaban a movilizarse en la reconstrucción económica de Europa occidental.

Se ha escrito mucho sobre el papel crucial que tuvo esa generación de mano de obra mayormente no calificada en la reconstrucción de las economías de posguerra en Europa occidental. Canadá también se dirigió a esos vastos reservorios de fuerza de trabajo, primero mediante el Bulk Labour Program (Programa masivo de mano de obra) diseñado para reclutar trabajadores de Italia, Grecia y Portugal sobre la base de acuerdos con los respectivos gobiernos [D. Avery]; y luego, de manera más permanente, a través del Programa de Patrocinio: se permitiría entrar en Canadá a inmigrantes potenciales en tanto tuvieran un pariente –que fuera ciudadano o residente legal– que aceptara servir de patrocinador y asumiera la responsabilidad por su asentamiento en el país. Entre 1946 y 1967 (cuando el programa fue recortado drásticamente) más de un tercio de los inmigrantes admitidos en Canadá lo hizo en calidad de patrocinados y provenía casi en su totalidad de Italia, Grecia y Portugal. Los italianos eran el grupo mayor, y representaban el 40 por ciento de todo el movimiento [Hawkins].

Para conjurar las críticas provenientes de distintos sectores, los responsables de la política canadiense hicieron grandes esfuerzos por explicar al público que el criterio supremo en la adopción de esta política habían sido las consideraciones humanitarias: conociendo los fuertes lazos familiares que caracterizan a las culturas rurales europeas, la inmigración, en lugar de romper lazos familiares y de parentesco –como suponía el conocimiento convencional– podría funcionar como mecanismo de reunificación de la familia en la sociedad receptora.

Dado el período relativamente corto durante el cual esta política estuvo en plena vigencia, y considerando el gran volumen de población que movió a través del Atlántico, el movimiento de patrocinio tuvo repercusiones significativas en la configuración socio económica del Canadá urbano. A la vez que constituyó el vehículo principal de satisfacción de las necesidades de mano de obra no calificada de corto plazo, facilitó enormemente la integración de los recién llegados en la economía con un mínimo costo social; pues buena parte de los costos de acceso al mercado de trabajo recaían directamente sobre la familia o el hogar que los recibía. Además, era responsabilidad de los inmigrantes aprender uno de los dos idiomas oficiales si querían aprovechar las oportunidades laborales que se les ofrecían; era su responsabilidad encontrar maneras de mejorar su capacitación; era su problema cuidarse en caso de accidentes de trabajo o desempleo. Claramente, las consideraciones humanitarias que mencionamos más arriba daban sus frutos, pues la familia/el hogar del inmigrante funcionaba como unidad de servicio y reproducción, y

como amortiguador de impacto tanto para el trabajador inmigrante como para la economía.

A fines de la década de 1950, sin embargo, este proceso de construcción rápida del mercado de trabajo comenzaba a verse perturbado por nuevos desarrollos económicos y políticos. El país sufrió una recesión de tres años, cuyo resultado más conspicuo fue un incremento dramático del desempleo, que por primera vez desde la década de 1930 superó el diez por ciento. Para una sociedad en la que el desarrollo económico era sinónimo de prosperidad y pleno empleo, la aparición repentina del espectro del desempleo masivo fue una sorpresa perturbadora. En este contexto debemos ver los cambios en las ideas y las políticas sucesivas acerca del mercado de trabajo [sucesivas], que llevaron al «Artículo blanco» sobre la inmigración en 1966 y a las disposiciones de inmigración de 1967.

El regreso al poder del gobierno liberal en 1964 se produjo precisamente cuando la economía había comenzado una nueva fase de expansión, que resultaría ser la más prolongada en tiempos de paz en la historia de los ciclos de negocios canadienses. El nuevo gobierno liberal se mostró más dispuesto que el anterior a dar pasos audaces para cambiar el rumbo y racionalizar las políticas económicas y sociales en armonía con los cambios estructurales que se producían en el aparato industrial del país. La consideración de los recursos humanos y las políticas de inmigración estaban ubicadas muy altas en la lista de prioridades. Por una parte, se consideraba que la coexistencia del desempleo y la prosperidad eran consecuencia de la pobre administración doméstica e internacional de los recursos de capital humano. Además, nuevas presiones actuaban sobre la economía canadiense, como el ingreso masivo de los jóvenes *baby-boomers* en la población activa, y el crecimiento en importancia de los sectores de servicios [Hawkins; Labelle].

En la visión keynesiana de un crecimiento planificado y equilibrado que promovían los nuevos tecnócratas liberales de la década de 1960, el mercado de trabajo canadiense era considerado cada vez menos como un subproducto de las fuerzas económicas y cada vez más como un terreno central para la intervención gubernamental directa. La conclusión más inmediata a que se llegó en ese clima de reorientación fue que se habían logrado las condiciones para asegurar una provisión adecuada de mano de obra no calificada a partir de fuentes domésticas. Una consideración importante detrás de esta evaluación era el lugar de las mujeres inmigrantes en la economía. A mediados de la década de 1960 resultaba evidente que las mujeres inmigrantes de la posguerra no sólo habían contribuido a cumplir la meta de la reunificación y cohesión familiar: constituían también un sector esencial de la fuerza de trabajo. Sectores industriales enteros, como el de la vestimenta o el montaje liviano, y una variedad de servicios, se apoyaban en su alto nivel de movilidad laboral y en sus salarios y condiciones de trabajo por debajo del promedio.

La nueva orientación se corporizó en el *White Paper on Immigration* (Artículo Blanco sobre la Inmigración) de 1966, cuyo resultado fue un nuevo

conjunto de disposiciones que entraron en vigor a principios de 1967. Nunca antes los responsables de la política canadiense habían realizado un esfuerzo tan concertado y «científico» para vincular a la inmigración con las necesidades de un mercado de trabajo en constante evolución.

La función de coordinar los requerimientos de recursos humanos con el reclutamiento de mano de obra inmigrante fue asignada a un departamento federal de creación reciente: el Departamento de Recursos Humanos e Inmigración. Al mismo tiempo el gobierno lanzó un plan nacional de expansión de centros de capacitación de adultos y escuelas politécnicas. Quizás lo más importante, el gobierno puso en acción el principio de universalidad de la inmigración (admisión sin tener en cuenta nacionalidad, raza, color o credo de los inmigrantes), que, aunque había sido sancionado en 1962, no había pasado de ser apenas un gesto simbólico. Para un país que había participado en la primera línea del movimiento de refugiados y que se proponía tomar en serio el desafío humanitario internacional, la actitud de exclusivismo racial se hacía moralmente insostenible, más aún dado que Canadá había instrumentado en 1960 su propia Declaración de Derechos.

El país había abandonado finalmente su tradicional visión del «Canadá blanco», y al hacerlo se reposicionaba entre los mercados de trabajo internacionales, con la esperanza de compensar la declinación de flujos de los países tradicionalmente preferidos. Como veremos, lo hizo ampliando las fuentes de provisión de trabajadores inmigrantes a la vez que elevaba la calidad de los nuevos flujos de fuerza de trabajo.

No es sorprendente que el efecto inmediato de las nuevas políticas fuera un recorte drástico en el programa de patrocinio. El temor de que contuviera «un potencial de crecimiento explosivo», el «dilema de que los trabajadores no calificados se convirtieran en un componente creciente del movimiento inmigrante» y «la comprobación de que está declinando la proporción de empleos que requieren poca capacitación o educación», fueron encarados mediante la restricción del programa exclusivamente a la familia más próxima, salvaguardándose así el principio de la reunificación familiar [*White Paper on Immigration*, p. 36]. Al mismo tiempo, para satisfacer las necesidades presentes y futuras de un tipo más calificado y «recalificable» de trabajadores inmigrantes, se creó una nueva categoría: el pariente postulado. Los criterios de selección y admisión de parientes postulados se basaban esencialmente en consideraciones del mercado de trabajo de largo plazo, y en parte en el tipo de condiciones de asentamiento de corto plazo que proporcionaban parientes en Canadá. En un sistema de evaluación con un máximo de 100 puntos, 70 correspondían a factores tales como educación y entrenamiento, demanda ocupacional, experiencia laboral, cualidades personales y edad. Los otros 30 se basaban en el tipo de asistencia para el asentamiento que proporcionaban los parientes. Este sistema de puntos se adoptó también para los procedimientos de admisión de la otra gran categoría de inmigrantes, los «independientes».

La nueva categoría de postulados era presentada a menudo por los teóricos del capital humano y los responsables de la política como una especie de compromiso entre quienes querían mantener intacto el sistema de patrocinio y quienes querían abolirlo completamente. El inmigrante postulado representaba, en efecto, una figura social muy importante en la evolución de la estrategia de inmigración y de mercado laboral: concretaba un cambio en la orientación —en lo que se refiere a fuentes inmigrantes de fuerza de trabajo—, de la mano de obra no calificada a la semicalificada. En el nuevo contexto de una economía en expansión y que se diversificaba rápidamente, parecía que este nueva clase de fuerza laboral sería esencial para inyectar gran dinamismo al mercado de trabajo dada su gran adaptabilidad al cambiante entorno económico y tecnológico, y gracias también a su dependencia material de los parientes que la acogían.

A medida que los funcionarios canadienses procesaban las decenas de miles de nuevas solicitudes, subdividiéndolas en cuatro nuevas categorías («patrocinados», «postulados», «independientes» y «refugiados»), todo parecía indicar que Canadá había alcanzado por fin el más alto grado de racionalidad en la armonización de la política migratoria con las preocupaciones económicas, demográficas y humanitarias, sobre la base de un procedimiento de selección que se creía aseguraba objetividad y justicia.

Pocos habrían adivinado que en pocos años ese sistema estaría cerca de colapsar ante fenómenos que desafiaban los criterios económicos planificados y los pronósticos; pocos pensaban que podrían haber expresado su preocupación en los términos en que lo hizo el periódico principal del Canadá cuando preguntó si «el mundo ha rodado cuesta abajo tan rápidamente en los nueve años transcurridos desde el *White Paper on Immigration Policy* de 1966» [*The Globe and Mail*, 6 de febrero de 1975].

Si bien el mundo no «rodó cuesta abajo», muchos historiadores concordarían en ver el fin de la década de 1960 y los comienzos de la siguiente como un período particularmente afectado por conflictos sociopolíticos, internos e internacionales. Las varias maneras en que el nuevo contexto impactó la inmigración en Canadá, forzando otro cambio de importancia en la política, requerirían un estudio aparte [Ramírez, 1980]. Dos desarrollos, sin embargo, sobresalen como las causas determinantes de la crisis del sistema de 1967. El primero tiene que ver con la dificultad de satisfacer las necesidades reales de trabajadores —especialmente en los sectores no calificados— con la fuerza de trabajo disponible estimada. El otro se refiere a la escalada repentina de inmigrantes de países y nacionalidades que anteriormente habían estado excluidos de Canadá por criterios racistas de admisión, que trataban de utilizar sus visas de «visitantes» para acceder al status de inmigrantes asentados. Ambos desarrollos contribuyeron —directa o indirectamente— a la explosión de un problema de inmigrantes ilegales, que a su vez dio el tono a otra evaluación importante de la política de inmigración.

La pronunciada reducción en el flujo legal de mano de obra no calificada, consecuencia de las medidas del *White Paper* de 1966, se había basado en la presunción de que la provisión interna bastaría para subvenir a las necesidades del momento y futuras de recursos humanos. Estas presunciones, sin embargo, se vieron pronto cuestionadas por la creciente rigidez que se observaba en el mercado de trabajo no calificado. Los temores iniciales de una saturación en ese sector laboral parecían haber dado paso repentinamente a la comprobación de que las fuentes de mano de obra no calificada, en realidad, resultaban inadecuadas para suplir las necesidades, aunque es probable que en muchos casos los trabajadores (nacionales o de origen inmigrante) no estuvieran dispuestos a aceptar las condiciones de trabajo y de salario que se ofrecían en esos sectores precarios de la economía. En esa época, lo que los observadores llamaron «crisis del mercado laboral» denotaba esencialmente una actitud de rechazo hacia los trabajos con remuneración baja, difundida en especial en ciertos sectores de la población joven, y acentuada por un acceso sin precedentes a diversas formas de remuneración social (seguro de desempleo, asignaciones sociales, subsidios diversos, trabajo comunitario, etcétera).

El resultado fue que se dio luz verde a los empleadores para reclutar mano de obra inmigrante bajo contrato, admitida mediante una visa de trabajo temporario, y cuyo perfil socio económico, así como su *status* legal se asemejaban a los de los «*gastarbeiter*» europeos [Wong]. Con el nombre de Programa de Autorización de Empleo, esta política entró en vigencia en enero de 1973, como un modo de «resolver las condiciones del mercado laboral... sin recurrir a la inmigración» [D. Kubat, p. 30]. Como veremos más abajo, en los años siguientes su número treparía, así como el número de aquellos que, después de haber cumplido su rol de fuerza de trabajo, no dejarían el país al expirar sus visas.

El otro desarrollo disruptivo, que algunos observadores llamaron «la ruta turística a la inmigración», había sido inducido en buena medida por una provisión de las disposiciones de inmigración de 1967 que permitía a los visitantes solicitar una visa de inmigrante residente desde dentro del Canadá y recurrir luego a un tribunal de apelación de la inmigración si su solicitud era rechazada. El aumento vertiginoso en el número de solicitudes estuvo a punto de paralizar la burocracia de apelaciones; no fue menor el número de quienes sortearon incluso ese procedimiento y se arriesgaron a una vida en la ilegalidad, alentados a menudo por la oferta de empleos en sectores de la economía que prosperaban sobre la base del trabajo ilegal.

Cuando las autoridades canadienses dieron algunos pasos para corregir la situación, una consideración central fue que el incremento del desempleo había vuelto más visible y embarazoso ante la opinión pública el problema de los inmigrantes ilegales. Acicateados por una controversia pública creciente, las autoridades optaron por una línea dura, con cacerías y deportaciones muy publicitadas. Fue un escenario muy propicio para la invención de chivos emi-

sarios supuestamente responsables por el problema del desempleo creciente]. Al mismo tiempo, alimentó tradicionales temores xenofóbicos de que los grandes males económicos y sociales del Canadá estuvieran relacionados de algún modo con la inmigración [V. Satzewich].

Nuevamente la inmigración estaba en el centro de un debate nacional cargado de contenido emocional cuyo resultado fue la publicación en 1975 de un Green Paper on Immigration (Artículo Verde sobre Inmigración) que debía servir como paso previo para la aprobación de una nueva ley de inmigración.

La Ley de Inmigración de 1976 (completada por las disposiciones de inmigración de 1978) constituye la reforma más radical en materia de inmigración emprendida por el Canadá. Desde un punto de vista burocrático-administrativo, la nueva ley puso fin a una colección de enmiendas y disposiciones montadas sobre la ley de 1952, y procuraba eliminar los baches responsables de la distorsión del sistema. Lo que es igualmente importante, por primera vez el legislador explicitó en términos claros el papel que la inmigración tendría en la satisfacción de las necesidades demográficas y económicas de Canadá, así como sus obligaciones humanitarias.

Quizás el aspecto más llamativo del nuevo sistema sean los mecanismos administrativos y políticos (podríamos agregar «mecanismos de control social») para asegurar que la inmigración responda a las necesidades coyunturales y regionales del país. Las revisiones anuales, por ejemplo, permiten a las autoridades inmigratorias determinar volúmenes de corto y mediano plazo de acuerdo con los pronósticos económicos, y las conferencias federales y provinciales posibilitan determinar las necesidades regionales específicas de trabajadores y de población.

De modo que, si bien la nueva clasificación de inmigrantes pretende reflejar preocupaciones demográficas, de mercado de trabajo y humanitarias, resulta muy significativo que no se haya descartado el sistema de puntaje a favor de criterios diseñados para inducir la movilidad geográfica de los inmigrantes. Los solicitantes que, por ejemplo, no reúnen los requisitos básicos de aceptación, pueden acceder a un *status* de ingreso a prueba si aceptan trabajar y vivir en un lugar designado durante un mínimo de seis meses. El criterio geográfico tiene vigencia más completa aún con una clase de nuevos inmigrantes que constituyó un componente mayor del flujo de las décadas de 1970 y 1980: los refugiados. Bajo el nuevo sistema, que posibilita el patrocinio de refugiados por asociaciones y grupos privados, la designación geográfica es la predominante.

Es muy importante destacar que lo que contribuyó a poner en acción estos nuevos criterios coyunturales y de movilidad es el hecho de que el gobierno desvinculara el reclutamiento de trabajadores temporarios contratados de las políticas migratorias, al confirmar el Programa de Autorización de Empleadores de 1973. El éxito de este programa para «resolver» problemas de planeamiento y gestión tradicionalmente asociados con el recluta-

miento de mano de obra inmigrante puede deducirse del crecimiento anual de su volumen, de 54.827 en 1978 a 141.424 en 1984. Además, entre 1982 y 1984 superaron de manera significativa la cifra de nuevos inmigrantes (comprendidas todas las clases) admitidos mediante el sistema normal de inmigración [Conseil consultative, 13].

Por medio de este programa las autoridades parecen haber hallado una respuesta a las grandes dinámicas disruptivas asociadas con el proceso tradicional de inmigración. Un estudio del Departamento de Recursos Humanos e Inmigración en el pico del programa de los trabajadores temporarios llegó a la conclusión de que Canadá tendría que admitir entre 50.000 y 60.000 inmigrantes por año (pertenecientes a las antiguas categorías de «independientes» y «nominados») para obtener entre 20.000 y 25.000 trabajadores que respondieran a las necesidades reales y urgentes del mercado de trabajo» [*Emploi et immigration* Canada, p. 205; la bastardilla es mía].

La funcionalidad del reclutamiento de migrantes temporarios *vis-à-vis* las necesidades de la economía canadiense asumió aquí su forma más pura. Ya fuera para resolver un caso de escasez cíclica de recursos humanos (trabajo agrícola) o de escasez sectorial (enfermeras, domésticas, etcétera), entraron migrantes con permisos de trabajo temporarios y salieron como fuerza de trabajo «pura». Su presencia en Canadá constituyó un recordatorio irónico de los comentarios de Sir John Macdonald —cien años antes— cuando comparaba a los migrantes chinos con trilladoras prestadas. Igualmente irónica —para un país que en la década de 1970 había sido pionero en el campo de las políticas multiculturales— fue su virtual exclusión de la sociedad civil canadiense [Harney, 1988; Ramírez and Taschereau].

Treinta años habían pasado desde el comienzo de la ola de inmigración pasiva de posguerra; treinta años que habían presenciado constantes ensayos y errores en el reclutamiento de población y mano de obra, y una transformación sin precedentes en la configuración social y cultural del país. Si Canadá no se había convertido en una «nación de inmigrantes» —como gustan llamar a su país nuestros vecinos meridionales— por cierto se había convertido en una sociedad en la que las nuevas realidades de inmigración, etnicidad y, en forma creciente, raza, constituían un examen histórico de madurez cívica nacional. Pues precisamente cuando el estado canadiense había encontrado en el multiculturalismo un proyecto de sociedad que valoraba la diversidad etnocultural de su población mayormente europea, grandes fuerzas internas e internacionales habían orientado a Canadá hacia América Central, las islas del Caribe, el continente asiático y de manera creciente, hacia África. A medida que el alcance económico de Canadá se iba globalizando, su reubicación dentro de los circuitos internacionales de población y trabajadores apuntaba al inicio de un nuevo capítulo en la historia económica y social del país.

TABLA 3 <i>Inmigración a Canadá por categoría de admisión y distribución porcentual, 1951-1973 (en miles)</i>									
Años	Total		patrocinados		posulados		Independientes		
	n	%	n	%	n	%	n	%	
1951-61	1646		600	36.4			1046	63.6	
1962-67	944		317	33.6			627	66.4	
1968-73	921		213	23.1	214	23.2	494	53.7	
Fuente: Canada Manpower and Immigration, <i>Immigration and Population Statistics</i>. Vol. 3 (Ottawa 1974), p. 39.									
TABLA 4 <i>Inmigrantes desahogados a la fuerza de trabajo por categoría de admisión¹ y como porcentaje de todos los inmigrantes en la categoría, 1951-1973, en miles</i>									
Años	Total		patrocinados		posulados		Independientes		
	n	%	n	%	n	%	n	%	
1951-61 ¹	976								
1962-67	431		109	25.3			322	74.7	
1968-73	489		43	8.8	119	24.4	307	62.8	
1^o) La distribución de trabajadores por categorías no está disponible para los años anteriores a 1961. Fuente: Canada Manpower and Immigration, <i>Immigration and Population Statistics</i>. Vol. 3 (Ottawa 1974), p. 72.									

TABLA 5
*Porcentajes de trabajadores inmigrantes por niveles de
 calificación ocupacional*, 1966-1973*

Año	No calificado	Semicalificado	Calificado
1966	10.4	15.3	74.3
1967	10.9	19.8	69.3
1968	6.5	28.5	65
1969	7.1	27.7	65.2
1970	7.8	30.3	61.9
1971	8.8	33.1	58.2
1972	10.5	32.6	56.9
1973	12.5	36.6	50.9

(*) Clasificación determinada por el número de unidades asignadas a las calificaciones: «No calificado», menos de 3 puntos; «semicalificado», 3-4 puntos; «calificado»: 5-10 puntos.

Fuente: Canada Manpower and Immigration, *Immigration and Population Statistics*, Vol. 3 (Ottawa 1974), p. 73.

TABLA 6 <i>Inmigración por último país de residencia, agrupados por grandes áreas geográficas y años seleccionados</i> <i>Todas las categorías de inmigrantes (en %)</i>						
	1950-55	1956-61	1962-67	1968-73	1974	1982
África	0.4	1.0	2.2	0.0	4.9	0.7
Asia (incl. Medio Oriente)	2.9	2.7	7.2	16.9	27.9	34.0
Europa	88.0	94.9	70.5	49.9	34.9	36.0
Oceanía	0.9	1.4	2.2	2.0	1.4	0.9
Norte y Centroamérica (excl. EE.UU.)	0.1	1.0	2.9	9.4	10.7	9.5
Estados Unidos	6.0	7.7	10.4	15.2	11.5	7.7
Sudamérica	0.1	1.0	1.6	0.6	7.9	5.7
Otros	0.0	0.1	0.1	0.5	0.9	1.1
<i>Fuente: Canada Manpower and Immigration, The Immigration Program (Ottawa, 1974), p. 80; Canada Manpower and Immigration, Immigration Statistics, 1974-76; 1977-80.</i>						

Referencias bibliográficas

- AVERY, Donald y Bruno RAMIREZ, «European Immigrant Workers in Canada: Ethnicity, Militancy and State Repression», en Dirk HOERDER, Horst ROESSLER y Inge BLANK, eds., *Roots of the Transplanted: Volume Two, Plebeian Culture, Class and Politics in the Life of Labor Migrants* (New York, 1994).
- AVERY, Donald H., *Reluctant Host: Canada's Response to Immigrant Workers, 1896-1994* (Toronto, 1995).
- BAINES, Dudley, *Migration in a Mature Economy* (Cambridge, 1985).
- BARBER, Marylin, *Les domestiques immigrantes au Canada* (Ottawa, 1991).
- BROWN, R. C. y R. COOK, *Canada, 1896-1921: A Nation Transformed* (Toronto, 1974).
- BUMSTED, J. M., «Scots», en Paul R. MAGOCSI, ed., *Encyclopedia of Canada's Peoples* (Toronto, 1999).
- BURNET, Jean y Howard PALMER, *'Coming Canadians': An Introduction to a History of Canada's Peoples* (Toronto, 1988).
- CARROTHERS, William, *Emigration from the British Isles* (London, 1929).
- COLE HARRIS, R. y John WARKENTIN, *Canada Before Confederation* (New York, 1974).
- COWAN, Helen I., *British Emigration to British North America, The First Hundred Years* (Toronto, 1961).
- DANYIS, Milda, *DP Lithuanian Immigration to Canada After the Second World War* (Toronto, 1986).
- Department of Labour (Canada), Economics and Research Branch, *The Migration of Professional Workers into and out of Canada* (Ottawa, 1961).
- DIRKS, Gerald, *Canada's Refugee Policy* (Montreal, 1977).
- EAGLE, John, *The Canadian Pacific Railway and the Development of Western Canada, 1896-1914* (Montreal, 1989).
- ELLIOTT, Bruce R., *Irish Migrants in the Canadas: A New Approach* (Montreal, 1988).
- ELLIOTT, Bruce R., ««English», «Irish Catholics», «Irish Protestants»», en Paul R. MAGOCSI, ed., *Encyclopedia of Canada's Peoples* (Toronto, 1999).
- Emploi et immigration Canada, *L'évolution du marché du travail dans les années 1980s. Rapport Axworthy*, (Ottawa, 1981).
- ERICKSON, Charlotte, *Leaving England : Essays on British Emigration in the Nineteenth Century* (Ithaca, 1994).
- HARNEY, Robert F., «Montreal's King of Italian Labourers: A Case Study of Padronismo», *Labour/Le Travail*, 4, (1979), pp. 57-84.

- HARNEY, Robert F., «'So Great A Heritage as Ours': Immigration and the Survival of the Canadian Polity», *Daedalus*, vol. 117 (Fall, 1988).
- HAWKINS, Freda, *Canada and Immigration: Public Policy and Public Concern* (Kingston, 1988, 2nd ed.).
- JONES, L. R., *History of Agriculture in Ontario, 1613-1880* (Toronto, 1946).
- KUBAT, Daniel, *The Politics of Migration Policies* (New York, 1979).
- LABELLE, Micheline, «LA gestion fédérale de l'immigration internationale au Canada», en Y. BÉLANGER, ed., *L'ère des libéraux* (Montreal, 1988), pp. 313-342.
- LAVOIE, Yolande, *L'émigration des Canadiens aux États-Unis avant 1930. Mesure du Phénomène* (Montréal, 1972).
- LINTEAU, P.-A. et al., *Histoire du Québec Contemporain* (Montréal, 1979).
- LITTLE, John I., *Nationalism, Capitalism, and Colonization in Nineteenth-Century Quebec* (Montreal and Kingston, 1989).
- MacDONALD, Norman, *Canada: Immigration and Colonization, 1841-1903* (Toronto, 1966).
- MALPAS, Nicole, *Aux sources d'un réseau migratoire: Casacalenda-Montreal, 1861-1931*, (Thèse de doctorat, Université de Louvain, 1994).
- McCALLUM, John, *Unequal Beginnings. Agriculture and Economic Development in Quebec and Ontario until 1870* (Toronto, 1980).
- McCORMACK, Ross, «Networks Among British Immigrants and Accommodation to Canadian Society: Winnipeg, 1900-1914», *Histoire Sociale/Social History*, 17 (1984).
- Manpower and Immigration Canada, *Immigration and Population Statistics* (Ottawa, 1974)
- Manpower and Immigration Canada, *Canadian Immigration and Population Study* («Green Paper on Immigration»), (Ottawa, 1974).
- Ministère de la main-d'oeuvre et de l'immigration, *Politique canadienne d'immigration, 1966* (White Paper on immigration), Ottawa, 1967.
- MUNRO, John, «British Columbia and the Chinese Evil: Canada's First Anti-Asiatic Immigration Law», *Journal of Canadian Studies*, 6 (1971), pp. 42-51.
- NORRIS, Kenneth y Douglas OWRAM, *History of the Canadian Economy* (Toronto, 1990).
- PARR, Joy, *Labouring Children* (London, 1980).
- PORTER, John, *The Vertical Mosaic* (Toronto, 1964).
- RAMIREZ, Bruno, «L'immigration, la recomposition de classe, et la crise du marché du travail au Canada», *Cahiers du Socialisme*, 9 (automne 1980), pp. 81-131.
- RAMIREZ, Bruno, *On The Move: French-Canadian and Italian Migrants in the North Atlantic Economy, 1860-1915* (Toronto, 1991).

- RAMIREZ, Bruno, *Crossing the 49th Parallel: Migration from Canada to the United States, 1900-1930* (Ithaca, 2001).
- RAMIREZ, Bruno y Sylvie TASCHEREAU, «Les minorités: Le Multiculturalisme appliqué», en Yves BÉLANGER, ed., *L'ère des libéraux : le pouvoir fédéral de 1963 à 1984* (Montréal, 1988), pp. 383-404.
- REYNOLDS, Lloyd, *The British Immigrant: His Social and Economic Adjustment to Canada* (Toronto, 1935)
- ROBERTS, Barbara, «'A Work of Empire': Canadian Reformers and British Female Immigration», en Linda KEALEY, ed., *A Not Unreasonable Claim* (Toronto, 1989).
- Royal Commission on Biligualism and Biculturalism, *The Cultural Contribution of Other Ethnic Groups* (Ottawa, 1970).
- SATZEWICH, Vic, *Racism and the Incorporation of Foreign Labour : Farm Labour Migration to Canada Since 1945* (London, 1991).
- THORNTON, Patricia A., «The Problem of Out-Migration from Atlantic Canada, 1871-1921: A New Look», *Acadiensis*, XV, 1 (Fall, 1985), pp. 3-34.
- TROPER, Harold M., *Only Farmers Need Apply: Official Canadian Government Encouragement of Immigration from the United States, 1896-1911* (Toronto, 1972).
- TRUESDELL, Leon, E., *The Canadian Born in the United States* (New Haven, 1943).
- WARD, Peter, *White Canada Forever: Popular Attitudes and Public Policy toward Orientals in British Columbia* (Montreal, 1978).
- WHITAKER, Reg, *Canada's Immigration Policy Since Confederation* (Ottawa, 1991).
- White Paper on Immigration (Canada, *Canadian Immigration Policy*, Ottawa, 1961).
- WILSON, David, *The Irish in Canada* (Ottawa, 1988).

APÉNDICE

Sistema de puntos
unidades de evaluación instituidas mediante las disposiciones
de inmigración de Canadá de 1967 (P.C. 1967-1616, October 1967)

Factores	Máximos puntajes Mercado de trabajo	Social
Educación		12
Capacitación	8	
Evaluación personal del funcionario de inmigración		15
Demanda ocupacional	15	
Calificación ocupacional	10	
Edad		10
Empleo concertado	10	
Conocimiento de inglés y francés		10
Familiar en Canadá		5
Oportunidades laborales en el área de destino	5	
Total: 100	48	52

Mínimo requisito para admisión de solicitantes en las categorías «postulados» e «independientes»: 50 puntos.

RESUMEN

La inmigración y la política inmigratoria en Canadá en los siglos XIX y XX: del imperio a la globalización

Los flujos de población desde las islas británicas dominan la historia demográfica del Canadá en el siglo XIX por su impacto crucial sobre el desarrollo sociocultural y político de las colonias. La inmigración asistida desde Gran Bretaña en general, pero especialmente desde Irlanda, tuvo un rol significativo durante la primera mitad del siglo XIX, cuando las posibilidades de cultivo de trigo hacían de Ontario el destino preferido. Al constituirse la Confederación en 1867, Canadá siguió favoreciendo la inmigración desde las islas británicas; los británicos, por su parte, veían en esta emigración un desahogo a la pobreza y el desempleo. La demanda adicional de mano de obra fue encarada por el gobierno canadiense mediante el estímulo a la inmigración desde Europa Central e Italia.

Hasta los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, la política inmigratoria de Canadá estuvo dominada por la voluntad de equilibrar las demandas de mano de obra y la preservación de una homogeneidad cultural. Los cambios en las economías locales y globales en la década de 1960 abrieron nuevas perspectivas en la política de inmigración canadiense. Se hicieron grandes esfuerzos para racionalizar la política de inmigración y vincularla, como nunca antes, con las necesidades del mercado laboral.

SUMMARY

Canada's immigration and policy-making in the 19th and 20th centuries: from empire to globalisation

Population flows from the British Isles overseas dominate Canadian demographic history in the 19th century, because of its crucial impact on the social, cultural and political development of the colonies. Assisted immigration from all Britain, but mainly from Ireland played a significant role in the first half of the 19th century, wheat producing Ontario being the preferred destination. After the Confederation was created in 1867, Canada continued to favour immigration from the British Isles; the British, in turn, saw emigration to Canada as a relief to poverty and unemployment. Further requirements of labour led Canadian governments to encourage immigration from Central Europe and Italy.

Until the years following World War II, Canadian immigration policy was dominated by a will to meet labor requirements while preserving cultural homogeneity. Changes in local and global economies in the 1960s led to new perspectives in Canadian immigration policies. Great efforts were made to rationalize immigration policy and link it as never before to the needs of the labour market.